

## COMPETENCIA MISIONAL

I) Ya tuve ocasión de acentuar, ocupándome de algunos problemas misionales de nuestro tiempo, que la coexistencia pacífica de que hoy tanto se habla no es más que una nueva versión formal de la guerra fría; definida ahora en términos de debilitar las capacidades de vigilancia y resistencia occidentales. Fué justamente esta nueva definición de la guerra fría la que, en parte, hizo ganar relieve al tema de que nos ocupamos. De hecho, el inspirador del concepto, Jruschev, escribió en un libro reciente, respecto a la coexistencia pacífica, o siguiente: «La coexistencia de los Estados con sistemas sociales diferentes no significan que no harán más que separarse por altas murallas, y que adoptarán el compromiso recíproco de no apedrearse por encima de ellas ni injuriarse. No. La coexistencia pacífica es una simple vida de conjunto con ausencia de guerra, pero bajo la constante amenaza de su desencadenamiento en el futuro. La coexistencia puede y debe transformarse en competencia pacífica para la mejor satisfacción de las necesidades del hombre». Ahora la competencia ha mostrado ser, antes que nada, una lucha para la adhesión de las poblaciones a una concepción del mundo y de la vida, de modo que se establezca un sistema de fidelidades o de neutralidades destacadas para la definición de la balanza de poderes que condiciona el uso de la fuerza. De aquí deriva la importancia creciente de la problemática y las técnicas de las comunicaciones entre los grupos; ciencia de la cual la misionología es el capítulo de mayor significación. El especial lugar que le pertenece no deriva apenas de la posición que el factor religioso tiene en la definición del tipo de vida política y privada al cual se adhieren las poblaciones, sino de la circunstancia de ser la rama más antigua y sistematizada de la ciencia de las comunicaciones humanas; donde todos los movimientos ideológicos en proceso de expansión, van a tomar sugerencias y enseñanzas. Aún deberá subrayarse que nuestro tiempo ha definido el cuadro de la competencia ideológica (allí donde ésta se inscribe

en la competencia misional de las religiones ecuménicas), según unos términos que se asemejan mucho a las condiciones de acción misional cristiana en su primera época. La Iglesia del Silencio es un ejemplo suficientemente claro. Pero sobre todo importa destacar que los Gobiernos que amparan o contrarian los movimientos ideológicos, dejaron de ser los intermediarios obligatorios entre sus pueblos y los respectivos contradictores. Aquel respetable esquema que todavía dominaba la vida internacional anterior a la última guerra mundial, y según el cual los Gobiernos eran siempre quienes discutían entre sí los intereses de los Estados respectivos, fué enteramente sobrepasado. Sucedió, en primer lugar, en el transcurso del propio conflicto, cuando los Gobiernos en el exilio, los movimientos de liberación y los Estados en guerra descubrieron y perfeccionaron el método de dirigir directamente a las poblaciones de los territorios en poder de los adversarios. Algunos de los Gobiernos que sustentan intereses fuertemente antagónicos de los de los otros Estados; que por azar fueron antiguos aliados, rehusaron después retornar a los métodos clásicos. Por el contrario, tradujeron en hábito la práctica de dirigirse directamente a los pueblos ajenos a su soberanía, rehusando la cualidad de interlocutor único y válido al poder constituido. Ciertos acontecimientos verificados en días no muy distantes parecen incluso sugerir que las víctimas de esta nueva práctica sienten como una obligación el proporcionar a sus más declarados enemigos la oportunidad de desplazarse tranquilamente y seguramente en su territorio, para dialogar con mayor proximidad y eficacia con el pueblo cuya lealtad a los poderes constituidos pretenden declaradamente hundir. Es una cosa más importante y más grave que una mutación de la técnica diplomática tradicional, porque representa una alteración sustancial del propio sistema de relaciones internacionales. Una alteración que, naturalmente, va desesperando a los juristas; porque el Derecho ya no se muestra capaz de disciplinar la realidad (enteramente nueva y desbordante fuera de los marcos clásicos). Realidad que nos ofrece la práctica que, prescindiendo de los Gobiernos como únicos interlocutores válidos, se hizo luego complejísima en razón del ampliado número de instituciones no gubernamentales, pero de vocación internacional, que adoptaron exactamente el mismo sistema, traducido en ignorar a los poderes constituidos; en vivir a la luz del día allí donde se les consiente, o actuando subversivamente allí donde se contradice su acción. Pero siempre es respecto a ellas mismas como procuran y afirman la base de la legitimidad de su acción.

II) La competencia misional no puede vivir ajena a este condiciona-

lismo. Cada religión ecuménica tiene que reexaminar su metodología y su problemática de expansión. No parece que el problema misional pueda ser enfocado fuera de la contextura general de la competición ideológica que caracteriza la conjetura actual de la balanza de poderes, bastando (para concluir así) reparar en la importancia creciente que se atribuye a las minorías religiosas en la estrategia definida por los movimientos subversivos dirigidos a las regiones tropicales y subtropicales. Es una importancia que se desprende del exacto reconocimiento del papel que corresponde a la concepción religiosa en la estructura social de los pueblos de aquellas áreas. Unas veces es por la adhesión general de las masas; otras veces, porque inspira a las minorías activas que constituyen la élite regional. En Africa del Sur del Sahara, este último fenómeno es el que más interesa, el que parece inexplicable para las interpretaciones sociológicas orientadas por un sistema de referencia a las clases económico-sociales. Se trata en verdad de aquello que Alfred Weber llamó «las inteligencias no comprometidas»; generalmente, para significar sus capacidades de adhesión alternativa a los conceptos ideológicos en conflictos. La neutralidad de las masas, derivada de la falta de madurez política en relación con instituciones que no sean las tradicionales, valoriza extraordinariamente la adhesión de las élites regionales; porque la experiencia ha demostrado que de ellas depende en gran parte la orientación política de los territorios. La historia reciente de la pulverización del Africa francesa demostró suficientemente la importancia de esas minorías y la insuficiencia de los esquemas interpretativos de raíz económica para explicar la diversa alineación de los nuevos Estados. Es porque, como antes dije, el fenómeno religioso tiene una notable importancia para la formación de las élites en la parte de las ennoblecidas por el sacerdocio. Así, con perfecto realismo, también esto pasó a merecer correspondiente atención de los movimientos subversivos que deliberadamente atacan la presencia europea en Africa.

III) Desde el punto de vista religioso, la proyección europea en Africa negra fué cristiana, y en lo que más importa, esencialmente católica. Esta circunstancia tiene un relieve político y social que sobrepasa con mucho los intereses exclusivos de la Iglesia católica, puesto que condiciona de manera neta la definición del problema de Euráfrica. Basta examinar los proyectos del Consejo de Europa, instituido en 1949 con el fin de promover la unidad europea, para que la acción misional africana apenas haya sido conducida por los Estados católicos. Es que si el Consejo de Europa comprendió ya lo indispensable de la solidaridad que constituye la base de los

proyectos eurafricanos, no consiguió todavía establecer un sistema europeo de enfoque del problema, en el sentido de que no consiguió establecer un método que sirviendo al interés común merezca la aprobación de cada uno de los Estados interesados. La primera conclusión, es decir, la de la solidaridad eurafricana, aparece razonablemente defendida dentro del criterio de un regionalismo de buen sentido, que simultáneamente se opone al mito del gobierno mundial de la Asamblea de la O. N. U. y al aislamiento absoluto que las contingencias de la vida actual hacen imposible. En un documento reciente se escribió lo siguiente, para expresar oficiosamente la tendencia referida: «La fórmula deseada podría ser encontrada sobre una base regional. Más vasto que una relación entre dos países, solamente el cuadro regional permite escapar a los riesgos de una subordinación política de los países beneficiarios, ofreciendo mayores posibilidades económicas y comerciales. Menos vasto que lo mundial, implica la existencia previa de un cierto número de lazos e intereses comunes. Ahora, Europa y Africa constituyen en conjunto un cuadro regional, que se prestaría por excelencia a la aplicación de tal fórmula. La amplitud de sus recursos debería permitir a los países de Europa occidental obrando en común, ofrecer a Africa aquello que necesita para su desenvolvimiento; sirviendo al mismo tiempo los intereses de los propios pueblos europeos.» Pero el establecimiento de un método europeo tropieza con dificultades que parecen hincar sus raíces más profundas en el propio movimiento reformista. También la Iglesia reformada tuvo una tarea misional importante a partir del momento en que las rutas marítimas quedaron abiertas a la expansión europea. Pero pienso que corresponde exactamente a los hechos hacer notar que la Iglesia reformada no se encontró con un continente vacío como América, y cuando más tarde fué allí, se mostró solidaria, o al menos impotente, frente a un sistema social discriminatorio en función de las razas. Por eso mismo la consideramos menos capaz de trabajar en función de las solidaridades multiculturales, y realmente no cuenta en su activo con ningún resultado comparable al de cualquiera de las tierras de misión católica, especialmente en el continente americano. En lo que toca a Africa, el ejemplo es suficientemente conocido para que merezca ser recordado. Sucede todavía que en la Europa que nos queda, un gran número de países nunca tuvo responsabilidades en Africa. Recordemos a Austria, Dinamarca, Grecia, Irlanda, Luxemburgo, Noruega, Suecia, Finlandia. Otros como Suecia, Austria e Irlanda, no están comprometidos en la defensa común. Muchos son protestantes, y en esa tradición basan la información y formación de la opinión pública en cuanto

a la expansión ultramarina. Finalmente, las actitudes expresadas en las votaciones de la O. N. U., mostraron bien que la falta de un método europeo (no obstante la general aceptación de la solidaridad euroafricana) continúa justificando que un periodista célebre hable de las «diecinueve Europas» para describir lo que él llama «la patria querida de todos nosotros». Ahora, estas «diecinueve Europas», con sus prolongaciones y apoyos culturales y políticos en tierras ultramarinas, tuvieron todas lo misional como guardia avanzada de su proyección ideológica. Una acción misional de competencia, cristiana, sin duda, en lo que tiene de común, pero inseparable de la tradición cultural de los países de origen. La cristiandad trasplantó a África sus divisiones y disidencias seculares, acrecentadas por la intervención de los movimientos misionales promovidos por las masas protestantes del continente americano. Nos parece que éste es un punto de importancia, que debe retenerse para la comprensión de la situación actual, y sobre ello volveremos más adelante.

IV) La circunstancia de que la acción misional está en el origen de las primeras élites regionales y el fenómeno de capacidad de adhesión alternativa de dichas élites a las ideologías en conflicto, no pasaron desapercibidas a los técnicos que formularon la doctrina de la coexistencia pacífica. Por eso, con un realismo que desprecia la lógica formal que tantas veces disminuyó la capacidad de acción occidental, el problema religioso pasó a ser enfocado por ellos en términos diferentes de los que fueron adoptados en los orígenes de la revolución. En aquella época todo transcurría corrientemente, según el célebre pasaje de Lenin: «La religión es el opio del pueblo. La religión es una especie de aguardiente espiritual en que los esclavos del capital ahogan su humanidad y sus reivindicaciones de una existencia digna.» El decreto de 23 de enero de 1918 nacionalizó los bienes de la Iglesia rusa, y una confesada cautela llevó a formular la doctrina constitucional en los siguientes términos: «La libertad de confesión religiosa y la libertad de propaganda antireligiosa son reconocidas a todos los ciudadanos.» Pero lo cierto es que en la política interna, si continúan pudiéndose encontrar frecuentes afirmaciones públicas de responsables en este sentido, no es menos cierto que de hecho la posición de la Iglesia rusa fué revisada en función de los intereses del Estado. Volvió a tener una jerarquía completamente dominada por el partido, y consta que se esforzó por introducir en los Estados Unidos a sus propios obispos, a la par de los otros obispos ortodoxos que allí existen. Por otro lado, a Union of Evangelical Christians-Baptisti of U. R. S. S. no se olvidó de enviar mensajes de Nochebuena para

Africa, recordando el proyecto de la Conferencia Mundial para la Paz, a realizar en Praga en junio de 1961. Finalmente, los católicos africanos se cuentan entre los becarios que se dirigen a las Universidades rusas, invitados por ellas. La doctrina de la coexistencia pacífica, entre otros objetivos, procura conciliar la formación cultural de las élites a las que se quiere alcanzar por este método; mediante la adopción de una política de alineación para los territorios a los cuales esperan poder devolverlos como agentes del primer paso de la revolución, que es el nacionalismo. De este modo, el proceso que fué usado en los países desarrollados se adapta en función de las condiciones de subdesarrollo de los territorios tropicales y subtropicales. En los primeros se realizó un esfuerzo en el sentido de crear partidos comunistas que después obren al mismo tiempo como instrumentos de expansión ideológica y debilitamiento en las estructuras locales. En los segundos, donde las estructuras políticas no proporcionan gran eficacia para el método de los partidos, se aceptó el papel decisivo de las élites, y no se desdeñó reconocer la importancia del factor religioso en la definición de sus métodos de penetración.

V) En contrapartida, el Occidente aún no supo utilizar los mismos métodos; hecho tanto más indisciplinable en cuanto es cierto que no le habría sido necesario desarrollar el primer esfuerzo que se traduce en encontrar minorías o élites adictas a su escala de valores, y por causa de eso, a la misma concepción de vida pública y privada. Por el contrario, sólo tarde y después de muchas humillaciones y derrotas, el Occidente parece darse cuenta de un interés común, conscientemente vivido y no apenas reducido a la expresión formal de los tratados. Pero en todo caso, es una conciencia que aún no se tradujo en instituciones, en términos de llevar a defender el interés de cada uno como parte inseparable y soporte de los intereses de todos. Se adelantó ciertamente alguna cosa desde aquellos años vergonzosos en que asistió inerte al combate de la pequeña Finlandia, la cual no debe nada al Occidente en la tarea de salvar lo que le restó de personalidad cultural y política. Pero está muy lejos todavía de aquella prontitud con que sus adversarios aparecen siempre en las zonas marginales, para ofrecer ayuda material y moral a todos cuantos se dicen amenazados por los intereses occidentales; como aconteció en Suez y está aconteciendo en el Mar Caribe. Y todavía, como dije, incluso fuera de la Europa de las naciones cautivas no habría sido necesario para el Occidente desarrollar el primer esfuerzo que fué indispensable para sus adversarios: el que tenía por objetivo crear en los territorios los instrumentos necesarios para el diálogo di-

recto con las poblaciones. Bastaría con que la cristiandad no estuviese dividida hasta el punto de olvidar aquello que tienen en común. Bastaría no tener olvidado que bajo la soberanía soviética se encuentra una población musulmana más numerosa que la del norte de Africa. Suponemos que es de utilidad recordar en pocas palabras la situación de la Iglesia ortodoxa para comprender cómo no puede dejar de ser tenida en consideración en el conflicto de nuestros días.

Según el patriarca Alexis, de Moscú, en una entrevista de 1948, no es posible para la Iglesia rusa presentar estadísticas rigurosas de sus fieles, dada la situación de desfavor en que se encuentra. Pero cálculos razonables llevan a la conclusión de que hay 50 millones de ortodoxos practicantes en Rusia, esto es, el 25 por 100 de la población total. Y porque la ortodoxia no facilita la vida de los individuos, es de suponer que la influencia ortodoxa sea más extensa y profunda de lo que es posible evaluar por las señales visibles. A esto es necesario sumar las áreas de influencia del patriarca de Constantinopla, del patriarca de Antioquía, del patriarca de Jerusalén, de las Iglesias de Servia, de Rumania, de Bulgaria, de Georgia, de Albania, de Polonia y de Checoslovaquia; no olvidando las instituciones libres de Grecia y Chipre y el pequeño monasterio de Santa Catalina cuyo arzobispo vive habitualmente en El Cairo. Por lo que respecta a los musulmanes, fueron los propios exiliados de territorios sometidos quienes procuraron llamar la atención del Occidente, aunque parezca que los Estados árabes independientes aún no les prestaron más atención que los pueblos cristianos. Recordaré el Comité Central de los musulmanes de Bosnia, Herzegovina y el Sanyak, en el exilio, a quienes, por ejemplo, la Prensa occidental no parece haber concedido la menor importancia no obstante el verdadero placer con que se entrega a divulgar las proclamaciones de todos los pretendidos organismos que atacan nuestra propia estructura. En Occidente, muy al contrario de haber desenvuelto una acción unificadora de esfuerzos, que debería aprovechar la importancia social y política del factor religioso, no sólo las Iglesias han continuado ignorándose, compitiendo o agredándose, sino que también todo Occidente parece haberse dedicado a una autocrítica destructiva, que diariamente desmiente con los hechos la razón que dice tener contra los adversarios. Defiende una concepción de vida que dice ser secular y tradicional, pero niega la validez de su expansión, como si ambas actitudes pudieran acreditar su coherencia. Proclama la superioridad de los valores espirituales, pero busca en la solidaridad de intereses puramente económicos la base del entendimiento común. Todavía recientemente, analizando

la evolución de la posición británica, un alto funcionario explicaba en el *Seminar of Africa* realizado en la Universidad de Columbia que en los siglos XIX y XX fueron tres los motivos que llevaron al Gobierno británico a hacerse responsable de gobernar grandes áreas en Africa; el prestigio que iba ligado a la posesión de colonias; después, la necesidad de comerciar (necesidad vital para los 50 millones de habitantes de las islas); finalmente, la necesidad de defensa. Aquello que se llama el espíritu de misión no será más que una tarea necesaria, sólo definida en función de aquellos objetivos. No admira por eso que sir Malcolm Barrows, uno de los representantes de aquella generación que ayudó a arrancar a Africa del olvido para la Historia, califique la Conferencia de Londres sobre el futuro de la Federación de las Rhodesias y Nyassalandia como un Munich africano.

VI) La importancia de la acción misional, la gravedad de la conjetura que vivimos, el peligro común que atravesamos, son todos hechos que se compaginan con la competencia misional entre las Iglesias cristianas; con su mutuo desconocimiento, e incluso con cualquier concepción que considere a los intereses públicos separados o ajenos a la importancia del fenómeno religioso y la propagación de la fe en Africa. La importancia general del problema para Occidente se encuentra expresada en la preparación del Concilio Ecu­ménico que el actual Papa, Juan XXIII, pretende realizar, y que aparece como lógica consecuencia de las preocupaciones misionales que en los últimos cincuenta años han aumentado su volumen en el pensamiento de la Iglesia católica. Las encíclicas «Maximum Illud», de Benedicto XV, «Rerum Ecclesiae», de Pío XII; «Seculo Exunte Octavo» y «Fidei Donum», de Pío XII, y la «Princeps Pastorum», de Juan XXIII, documentan un creciente cuidado que no podía ser ajeno a la lamentable competencia a que antes me referí. Por nuestra parte, desde siempre se entendió que la acción misional no podía ser ajena a los intereses superiores del Estado, ni éste podía dispensarse del concurso fiel de lo misional. Es natural que nuestra estructura tradicional ponga especial afecto en la acción misional católica, de que no podemos prescindir y tenemos necesidad de activar. También es natural que estemos atentos a las nuevas formas de diálogo que los movimientos de vocación internacional (algunos de índole religiosa), van adoptando para aproximarse a los pueblos, ignorando la autoridad; porque no estamos preparados para aceptar el punto de vista al que me referí, y que se traduce en entender que los poderes constituídos no son el único interlocutor válido en nombre del Estado. El punto de vista que comprendemos fué expresado con solemne autoridad por la nota que nuestros obispos, reunidos en asam-

blea plenaria en el Seminario de los Olivares, enviaron a la Prensa hace pocos días. En ella se dice: «La línea providencial de nuestra historia nos hizo desde hace muchos siglos instrumentos del Señor en la evangelización de una parte considerable del mundo: en América, en Africa, en Asia y hasta en Oceanía. Y la Iglesia tiene confirmada siempre esta misión...» En esta hora en que el Occidente parece tener perdida la conciencia de sí mismo, en la anarquía de las ideas, en la duda de los derechos y los deberes, en la fascinación de los mitos, en la quiebra de las tablas morales del Decálogo, en el enloquecimiento de los principios justos y las aspiraciones generosas mal maduras, en el subestimar los valores cristianos y el abandono de su defensa, Portugal es consciente de su misión evangelizadora y civilizadora. Y sufre al ver que no es comprendida ni apreciada, y hasta se intenta contradecirla e impugnarla.

VII) Esta doctrina, las exigencias de los pueblos que han de ser objetos de misión y los intereses superiores nacionales, se ligan de manera armoniosa. Pero es necesario que el católico entienda que la coincidencia de la doctrina misional católica con los altos intereses del Estado no transforma el auxilio o el sustento de las misiones en un deber y encargo exclusivamente estatales. Eso sería dar prueba de menor convicción y capacidad de la que ha sido dada por muchos movimientos evangelizadores de carácter internacional que viven exclusivamente del apoyo y contribución de los jefes, sin que éstos hayan envuelto en ello el propio interés nacional. Aquí, en Portugal, sumando el interés nacional al interés de la confesión religiosa católica, se entiende mal que la obra misional no sea considerada de responsabilidad de todos y cada uno. Nunca fueron tan necesarios ese apoyo y solidaridad. Cada misión tiene que ser un polo de desenvolvimiento, un centro de progreso económico y social, que debe también ocuparse del bienestar social de los pueblos como buen camino para alcanzar los espíritus. Este fué un hecho siempre bien comprendido por la Iglesia reformada, y no hay duda de que la actividad asistencial de las misiones católicas precisa de nuevo impulso y nuevos medios que sólo podrán venir en abundancia de los propios fieles. Para desenvolver la acción que de ellos se espera y que nos es imprescindible. Apenas se necesita que dispongan de más obreros, sino que éstos estén más técnicamente calificados para las tareas de desenvolvimiento comunitario; tareas inseparables de la obra misional, si la queremos ver dar fruto. Pero todo esto hace importante una verdadera movilización de los fieles, especialmente la existencia de un cuerpo laico misionario portugués, y que se evite que la sustentación de la obra sea errónea-

ADRIANO MOREIRA

mente entendida como exclusiva obligación de las arcas públicas. Por el contrario, no habrá acción misional eficaz si la obra no fuese entendida como de responsabilidad primordial de los fieles, que deben procurarle y proporcionarle los medios indispensables, en personas y bienes, para que se desenvuelva el triunfo. Ésto evidentemente sin dispensarse de los subsidios y apoyos estatales, justificados por el alcance natural de la empresa. Pero la competencia es antes que nada un reto lanzado a los fieles, cada uno de los cuales debe dar testimonio de sí propio.

ADRIANO MOREIRA.

Ministro de Ultramar